

## BEATOS FRANCISCO Y JACINTA DE FÁTIMA



Francisco nació el 11 de junio de 1908 y Jacinta el 11 de marzo de 1910 en Aljustrel, aldea de la parroquia de Fátima (Portugal). Eran hermanos. Fueron creciendo y les gustaba mucho estar con su prima Lucía, que vivía cerca de su casa.

Jacinta era muy alegre, tenía habilidad para bailar y siempre estaba dispuesta para jugar. Pero quería también escoger los juegos y se enfadaba cuando no se hacía su voluntad. Francisco era diferente: muy sosegado, nada lograba molestarlo; le gustaba cantar, gozaba tocando su flauta y quería estar en paz con todos. En los juegos no le importaba perder. Le gustaban mucho los animales.

Cuando Lucía empezó a cuidar su rebaño, Francisco y Jacinta pidieron a su madre que les dejase a ellos ser pastores y cuidar su rebaño junto con el de su prima. Jacinta, para imitar a Nuestro Señor en una estampa que ella tenía, gozaba llevando en su regazo los corderitos más pequeños, para que no se cansasen.

Yendo los tres juntos, todo el tiempo les parecía poco para jugar. Después de tomar la merienda, siguiendo las recomendaciones de sus madres, rezaban el rosario; pero pasaban las cuentas diciendo solo: Ave María, ave María... y después de cada decena tan solo: Padre nuestro. ¡Era, de verdad, rezar deprisa!

Desde pequeños, habían aprendido en sus casas y en la iglesia a amar a Dios. Una vez, estando en casa de Lucía, jugando, Jacinta preguntó por qué estaba Jesús clavado en la cruz. Le contestó su prima: -Porque murió por nosotros. -Cuéntame cómo fue, le pidió. Lucía se lo contó y Jacinta, enternecida, comenzó a llorar mientras decía: ¡Pobrecito Nuestro Señor! Yo no debo cometer ningún pecado. No quiero que Jesús sufra más. Descolgó un crucifijo de la pared para dar tres besos y tres abrazos a Jesús.

Un día, Lucía y Jacinta fueron en la procesión vestidas de angelitos para echar flores a Jesús Eucaristía, expuesto en la custodia, en el día del Corpus Christi (del Cuerpo de Cristo), que llevaba el sacerdote. Jacinta estaba muy contenta porque iba a ver a Jesús. Su prima le contó que lo llevaría el párroco. Pero, a pesar de las indicaciones que le hacía Lucía, Jacinta solo miraba al sacerdote y no esparcía las flores. Después ella lo explicó: -No le vi. Lucía le explicó que Jesús estaba escondido en la Hostia Consagrada, en el trocito de pan. Desde entonces comenzaron a llamar "Jesús escondido" a Nuestro Señor Sacramentado.

El 13 de mayo de 1917, los tres pastorcitos llevaron las ovejas a Cova de Iría (Cueva de la Paz). Vieron un relámpago y pensaron que tenían que volver a casa. Otro relámpago y vieron a una Señora, más brillante que el sol, vestida toda de blanco, sobre una encina pequeña...La Señora les dijo que no tuvieran miedo. Que no les haría ningún daño y que venía del Cielo. Y añadió: -Vengo a pedirlos que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero. Jacinta no podía parar de decir: ¡Ay, qué Señora tan bonita! Más tarde les contó que era la Virgen María. Experimentaron el inmenso amor que Jesús y María nos tienen, así como una gran paz.

Lucía le preguntó si irían al Cielo. -Sí, respondió la Señora, quien les pidió que rezasen el Rosario todos los días para obtener la paz en el mundo y el fin de la guerra. Les preguntó si querían ofrecer sus sufrimientos a Dios para consolar su Corazón, pues estaba muy triste por los pecados que se cometían contra Él, y para pedir por la conversión de los pecadores. Ellos respondieron que sí. La Señora prometió a Lucía: “No te desanimes, nunca te dejaré. Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios”.

La Señora abrió las manos en un reflejo de luz. Jacinta y Francisco parecía que estaban en la parte de esa luz que se elevaba hacia el Cielo, y Lucía en la que se extendía sobre la tierra. Vieron también el Corazón de María rodeado de espinas, que parecían estar clavadas en él, que pedía reparación, amor. Más tarde, les mostró el infierno, donde van los pecadores que no se arrepienten; y les hizo entender que, para salvarlos, necesitaba su ayuda.

A partir de estos encuentros, solo querían rezar y sufrir por la conversión de los pecadores, para que no ofendieran más a Jesús y se salvaran. Ofrecían sacrificios, como dar su merienda a unos niños pobres, soportar pasar largo rato sin beber agua en días de mucho calor; comían bellotas y aceitunas verdes, que estaban muy amargas; rechazaban deliciosas uvas e higos...y rezaban: “Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y para consolar el Inmaculado Corazón de María”.

Una noche, el padre de Francisco le oyó sollozar y le preguntó por qué lloraba. El hijo le respondió: -Pensaba en Jesús, que está muy triste a causa de los pecados que se comenten contra Él. Durante las apariciones, soportaron mentiras, insultos y persecuciones, siendo incluso encerrados varios días en la cárcel y amenazados de muerte.

La gran preocupación de Francisco era consolar a Jesús. Murió de neumonía a los 11 años de edad, ofreciendo todos sus sufrimientos. Al comulgar, el día antes de su muerte, decía: “Hoy soy feliz porque tengo dentro de mi pecho a Jesús escondido. Yo me voy al Cielo y desde allí voy a pedir mucho al Señor y a la Virgen para que os lleve también allí”.

Jacinta destacó por su amor a María, al Papa y por ofrecer sacrificios por los pecadores, pues la Virgen les había dicho que muchas personas iban al

infierno porque no había quien rezase y se sacrificara por ellas. Murió también de neumonía unos meses después que su hermano, con 9 años, y decía: “Sufro mucho, pero lo ofrezco todo por la conversión de los pecadores”. “Si la gente supiese lo que es el Cielo, harían todo por cambiar de vida. Los hombres se pierden por no pensar en la muerte de Nuestro Señor”.

Lucía permaneció en la tierra hasta 2005 y fue carmelita descalza. La Virgen le encomendó la misión de dar a conocer a todos su Corazón Inmaculado.

**\*\*Para rezar con Francisco y Jacinta y como ellos:**

- “Dios mío, yo creo, adoro, espero y te amo. Te pido perdón por los que no creen, no esperan, no adoran y no te aman”.

- “Oh, mi buen Jesús, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno. Lleva a todas las almas al Cielo, especialmente a las más necesitadas de tu divina misericordia. Amén”.